

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

III.- CREO EN DIOS, PADRE, CREADOR.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

Este año los retiros van a ser sobre el Credo. Los domingos en la Eucaristía y en otras celebraciones lo recitamos, y es importante profundizar en ello, saber lo que estamos diciendo. La Iglesia apostólica, desde su origen, expresó y transmitió su propia fe en fórmulas breves que ya se recogen en el Nuevo Testamento:

“Porque, si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás” (Rom 10, 9).

“Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce” (1Cor 15, 3-5).

Pero muy pronto la Iglesia quiso también recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados, destinados sobre todo a los candidatos al bautismo. Estos resúmenes de la fe encierran en pocas palabras todo el contenido del Antiguo y el Nuevo Testamento. A estas síntesis de la fe se las llama:

- **“Profesiones de fe”**, porque resumen la fe que profesan los cristianos.
- **“Credo”**, porque en ellas la primera palabra normalmente es “Creo”.
- **“Símbolos de la fe”**, porque la palabra griega «*symbolon*» significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, un sello o un anillo) que se presentaban como una señal para darse a conocer. Las partes rotas se ponían juntas para verificar la identidad del portador. El “símbolo de la fe” es, pues, un signo de identificación y de comunión entre los creyentes. «*Symbolon*» significa también “recopilación”, “colección” o “sumario”. El “símbolo de la fe” es la recopilación de las principales verdades de la fe.

Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

- El **Símbolo de los Apóstoles**, llamado así porque es considerado como el resumen fiel de la fe de los Apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma.
- El **Símbolo Nicenoconstantinopolitano**, que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos, celebrados en Nicea y en Constantinopla, donde se desarrolla, algo más, el de los Apóstoles. Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.

Como hemos reflexionado en retiros anteriores, cuando confesamos: “Creo en Dios”, reconocemos que Dios existe y que confiamos en Él. El Dios, a quien Jesús llamó “Padre”, y en el que los cristianos confesamos creer, no es una idea, un símbolo o una energía impersonal de la naturaleza. Es Alguien que interviene en la historia y en nuestra vida.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- ¿Qué significa para mí creer en “Dios Padre”? ¿Y en “Dios Creador”?

JUZGAR:

DIOS PADRE

Al confesar a Dios como único Señor de nuestras vidas y personas, los cristianos le reconocemos como Padre. Muchas religiones utilizan esta misma expresión para hablar de Dios: la divinidad es considerada con frecuencia como “padre de los dioses y de los hombres”. Pero los creyentes de Israel, y nosotros con ellos, le llamaron Padre porque le reconocían como Creador y porque había tenido la predilección de pactar con ellos una Alianza eterna.

Jesús comienza su predicación anunciando el Reino de Dios. En el primero de los Evangelios, el de San Marcos, encontramos estas palabras: “*Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creer la Buena Noticia*” (Mc 1, 15). Pero, ¿cuál es esa “Buena Noticia” en la que hay que creer? Que Dios es un Padre, increíblemente amoroso, un Dios-Abba que Jesús ha experimentado de una manera singular y única.

Esa experiencia única que Jesús tiene de Dios como Padre la expresa este texto bíblico:

Lc 10, 21-22:

²¹En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

²²Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Este pasaje refleja la intimidad de Jesús con el Padre, el mutuo conocimiento del Padre y del Hijo. Para el Evangelio de Juan, la palabra “Padre” en labios de Jesús es el modo normal de designar a Dios, mientras que el “Hijo” es en el mismo Evangelio la denominación habitual de Jesús para designarse a sí mismo. El Padre es Aquel que ha enviado a Jesús al mundo. Con esta misión de su Hijo, Dios Padre ha mostrado su amor a los hombres.

La palabra “Abba” es la clave que nos permite saber la idea que tenía Jesús de Dios y, asimismo, la idea de cómo era su relación con Él. La palabra “abba” está tomada del vocabulario infantil y familiar arameo, pudiéndose traducir por “papá”. En Israel sólo los niños la usaban para dirigirse en público a sus padres: los mayores sólo la usaban en la intimidad familiar y nunca en público, puesto que hubiera sido considerado una falta de respeto hacia la autoridad paterna.

Era impensable que un judío se dirigiera a Dios con esta palabra, dado el elevado concepto que tenía Israel de la santidad divina. En este sentido, no consta ningún precedente bíblico o extrabíblico. A lo más, en el Antiguo Testamento se había llamado a Dios “Abí”, palabra hebrea que significa “padre”, y casi siempre refiriéndose a que Dios es *Abí* del pueblo de Israel, no de un individuo solo. Además, en el Antiguo Testamento se solía añadir a la palabra *Abí* la de “Melek” (rey) para compensar el exceso de confianza que pudiera suponer llamar a Dios “Padre”.

Podemos tener la certeza de que llamar a Dios “Abba” fue algo originalísimo del mismo Jesús, ya que está atestiguado por los cuatro Evangelios, que siempre que se refieren a Jesús dirigiéndose a Dios, es decir, siempre que ora (y sólo cuando ora) llama a Dios *Abba*.

Además, la palabra “abba” aparece en unos textos, los Evangelios, escritos en griego, y el único motivo razonable de que los Apóstoles no quisieran traducirla sólo puede ser su convicción de que era una “joya” que contenía una revelación central. Jesús, al llamar a Dios “Abba”, nos revela:

- El ser íntimo de Dios como alguien cariñoso y bondadoso con quien podemos tener una confianza total y absoluta.
- El convencimiento de que Jesús tenía una relación muy especial con Dios, que después permitiría a los cristianos, y con razón, dar a Jesús el título de “Hijo de Dios”.

Con Jesucristo aparece en su plena luz la paternidad de Dios. Jesús no sólo habla de Dios como su Padre, sino que lo invoca como tal, y con ello manifiesta la conciencia de su cercanía a Dios, la familiaridad e inmediatez de su relación con Él.

Jesús nos revela que Dios es Padre, absolutamente bondadoso. Las parábolas del Buen Samaritano, Buen Pastor, la oveja perdida y el Padre misericordioso del hijo pródigo son las definiciones de ese Dios que busca al hombre, bajando hasta donde está, caído y maltratado; que le espera como espera siempre un padre a su hijo pese a la lejanía, abandono y derroche de la herencia reclamada. El que acoge sin resentimiento alguno a quien regresa a Él, pues aborrece el pecado pero ama a los pecadores (cf. Lc 15). Dios, presente en mí, me busca con amor de Padre misericordioso y fiel.

Para la reflexión:

- ¿Qué me transmite el texto evangélico?
- Habitualmente, en mi oración, ¿me dirijo a Dios como Padre? ¿Y cómo “Papá”?
- Medito este párrafo: Jesús nos revela que Dios es Padre, absolutamente bondadoso. Las parábolas del Buen Samaritano, Buen Pastor, la oveja perdida y el Padre misericordioso del hijo pródigo son las definiciones de ese Dios que busca al hombre, bajando hasta donde está, caído y maltratado; que le espera como espera siempre un padre a su hijo pese a la lejanía, abandono y derroche de la herencia reclamada. El que acoge sin resentimiento alguno a quien regresa a Él.

DIOS CREADOR

Los símbolos de la fe de la Iglesia, siguiendo la enseñanza de Jesús, atribuyen al Padre la obra de la creación. Siendo el Padre bueno el origen único de todo lo que existe, el mundo es, en su raíz, bueno, tiene un sentido divino. Todo procede de la suma inteligencia y bondad del Creador que ejerce su providencia amorosa al servicio del ser humano.

El libro del Génesis, palabra que significa “origen”, comienza narrando la historia del cielo y de la tierra. Es el libro de la Biblia que más problemas ha suscitado estos últimos cien años entre los científicos y los teólogos, entre ciencia y fe. Pero tanto la ciencia como la teología han avanzado estos últimos años y un enfrentamiento entre la ciencia y la fe basado en este libro ya no es posible.

Los mitos utilizados por la Biblia en el libro del Génesis, para narrar la creación, no son generalmente mitos originales inventados por Israel. Se trata de mitos conocidos por la mayoría de pueblos antiguos, generalmente procedentes de las civilizaciones que se sucedieron en Mesopotamia. Otros proceden de la antigua civilización cananea anterior a la llegada de los israelitas a Palestina.

Estos mitos no se recogen en la Biblia tal cual se contaban en otras culturas. Comparando los mitos de la Biblia con los mismos mitos en otros documentos de la época, podemos deducir la verdad religiosa que la Biblia quiere transmitir.

Nosotros leemos la Sagrada Escritura para aprender a ser creyentes: es el relato de la acción de Dios en la humanidad y en un pueblo concreto. La Biblia no es una crónica ni una historia pormenorizada de lo que ha acontecido desde el comienzo del mundo. Al leer la Biblia es muy importante saber distinguir los distintos géneros literarios.

De ahí que el libro del Génesis afirma que Dios creó el mundo, pero no pretende describir cómo fue la creación, sino el designio amoroso y salvador de Dios, que da inicio a todo con la creación. Por eso no podemos leer los primeros capítulos del libro del Génesis como si de una crónica se tratara. El libro del Génesis nos ofrece dos relatos sobre los orígenes en los que se narra poéticamente, de distinta manera, que Dios creó todo lo que existe.

El primer relato subraya que la iniciativa y la acción corresponden a Dios. Dios está en el origen del “cielo y la tierra”, expresión para abarcar todo el universo. Todo lo que sale de las manos de Dios es bueno. La bondad de la creación se va repitiendo versículo tras versículo. Todo culmina con una expresión de complacencia: “*Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno*” (Gn 2, 31).

En esta iniciativa divina la creación del ser humano tiene rasgos distintivos. No es uno más de los seres creados, sino alguien creado “a imagen y semejanza” de su autor, de Dios mismo. El ser humano, imagen de Dios, es superior a todo el universo material porque es capaz de conocer y amar, de entrar en relación con Dios.

El mensaje religioso que contiene el relato es claro: la creación surge por la Palabra de Dios, que es una Palabra poderosa y eficaz. En el origen del universo y de la vida está la Palabra de Dios, palabra que se irá mostrando, revelando, y que culminará en la Palabra definitiva que es Cristo.

El segundo relato de la creación es una narración que, a base de imágenes populares, describe el origen del ser humano y su destino. A diferencia del primer relato, éste es una narración de tintes coloristas en los que los protagonistas son Dios y la primera pareja humana.

En este relato se nos dice que Dios crea al hombre de barro. El autor sagrado se imagina a Dios como un alfarero que modela con barro una figura humana a la que infunde el soplo de la vida que la convierte en un ser viviente. La condición humana de ser “de barro”, lejos de ser una explicación científica, revela una gran verdad: nuestra condición de fragilidad.

Además, los filósofos contemporáneos dicen que el ser humano se realiza cuando se abre al otro. El segundo capítulo del Génesis nos dice esta misma verdad acerca del ser humano, pero con una bella narración. El ser humano está hecho para la relación, no para vivir aislado o en soledad. Dios hace pasar todos los animales delante del hombre, “pero no encontró una ayuda adecuada para sí”.

Dios modela a la mujer a partir de una costilla de Adán. Esta imagen no debe ser interpretada como inferioridad, sino como participación de los dos sexos de la misma condición humana. Sólo en la mujer el varón verá colmada su soledad y su necesidad: “*esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne*”. Y lo mismo al revés: sólo en el varón encuentra colmada la mujer su soledad y su necesidad.

Cuando confesamos la fe en Dios Padre Creador, afirmamos que no somos fruto del azar, que nuestra existencia ha sido deseada, que hemos tenido un comienzo querido. Esto nos permite confiar que nuestro destino está también asegurado y no se va a frustrar el deseo de ser felices que constantemente emerge en nuestra conciencia.

Afirmar a Dios Padre como creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, es reconocer que el ser humano, el mundo y la naturaleza entera existimos como fruto de un deseo amoroso. Entre las muchas consecuencias que para nuestra vida se desprenden de la fe en Dios Padre Creador, podemos centrarnos en dos:

En primer lugar, la convicción de que no somos seres lanzados a la vida por el azar de unas fuerzas ciegas, no estamos perdidos en una existencia frágil, limitada y sin sentido, seres que tan solo pueden contar consigo mismos. Somos nada más y nada menos que criaturas, nacidas de la amorosa voluntad del Señor de cielo y tierra.

Y en segundo lugar, además, tenemos la estimulante llamada de una Creación que nos ha sido entregada para llevarla a plenitud. Esta fe da sentido al trabajo humano más allá de su función inmediata como medio de vida. La dignidad del trabajo humano se manifiesta en que está orientado a desarrollar la obra del Creador, servir al bien de los hermanos y contribuir a que se cumplan los designios de Dios en la historia.

Para la reflexión:

Nosotros leemos la Sagrada Escritura para aprender a ser creyentes: es el relato de la acción de Dios en la humanidad y en un pueblo concreto. La Biblia no es una crónica ni una historia pormenorizada de lo que ha acontecido desde el comienzo del mundo. Al leer la Biblia es muy importante saber distinguir los distintos géneros literarios.

- ¿Sé leer la Biblia e interpretarla? ¿Me he preocupado en estudiarla y profundizar en ella? ¿Sabría distinguir los diferentes géneros literarios? ¿Qué pasajes me resultan más difíciles de conjugar con la visión actual del mundo?
- Teniendo presentes los dos relatos de la creación, ¿qué me sugiere cada uno de ellos?
- ¿Qué significa para mí ser “criatura”?
- ¿Me siento corresponsable de continuar la obra creadora de Dios para llevarla a plenitud?

ACTUAR:

Con inmensa gratitud los cristianos decimos al comienzo del Símbolo de la FE: “Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”. Esta afirmación de fe nos sitúa ante un aspecto fundamental del verdadero sentido cristiano de la vida: no venimos de la nada, no somos fruto del azar y de la necesidad. Por el contrario, provenimos de Dios, somos creados por Dios. El universo entero y cada ser concreto existe porque proviene de Dios.

Las investigaciones científicas sobre el origen del mundo y del ser humano han enriquecido notablemente nuestros conocimientos. Estos descubrimientos nos invitan a admirar más la grandeza del Creador, a darle gracias por todas sus obras.

También hemos de preguntarnos sobre nuestra visión del universo y sobre nuestra actitud y responsabilidad ante todo lo que existe y, especialmente, ante los seres humanos. Como dice el Papa Francisco en *Laudato Si*:

66. Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas.

67. No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada.

68. Esta responsabilidad ante una tierra que es de Dios implica que el ser humano, dotado de inteligencia, respete las leyes de la naturaleza y los delicados equilibrios entre los seres de este mundo.

69. A la vez que podemos hacer un uso responsable de las cosas, estamos llamados a reconocer que los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios

75. No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites. La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses.

El proyecto amoroso de Dios Padre comienza por su obra creadora, surgida de la nada, confiada al ser humano, varón y mujer, y ordenada hacia Cristo. La creación surge como regalo de Dios, y por pura bondad suya.

Lo primario para la doctrina cristiana de la creación es más la bondad y el amor de Dios que su omnipotencia. En el Credo, “Padre” se dice antes que “todopoderoso”.

Toda criatura, hasta en lo más íntimo de sí, debe a Dios su existencia. Nosotros, con nuestra imaginación, pensamos la acción creadora de Dios como parecida a nuestra actividad, separando unos actos de otros, como actos distintos. Pero esto no ocurre así en Dios. Dios crea y actúa como un único acto infinito de amor.

En estos retiros queremos interiorizar mejor la novedad que nos trae Jesús acerca de Dios. Ahí está el corazón de su mensaje y hemos de procurar entenderlo como Él nos lo presentó, pues creer en Dios como Padre, como Abba, es de importancia vital para nosotros.

Hay que tratar de que sus rasgos característicos se dibujen con claridad para nuestro mundo descreído e indiferente, porque es el corazón mismo del Evangelio y del mensaje central de Jesús. Dios-Abba es Amor y sólo amor. Dios sólo tiene una cara, ama incondicionalmente; no es un Dios con dos caras, que ama y castiga. Dios Padre Creador nos ama incondicionalmente como hijos y nos mira como mira a Jesús.

Para la reflexión:

- Medito esta frase: Lo primario para la doctrina cristiana de la creación es más la bondad y el amor de Dios que su omnipotencia. En el Credo, "Padre" se dice antes que "todopoderoso".
- ¿Por qué obras de la creación, y por qué criaturas doy o debería dar gracias a Dios?
- Medito las palabras del Papa Francisco en Laudato si: Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios. La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses.

CONFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA REFORMADA DE FRANCIA, SEGÚN MARTÍN LUTERO:

Creo que Dios me ha creado, así como a las demás criaturas. Me ha dado y me conserva mi cuerpo con sus miembros, mi espíritu con sus facultades. Cada día me da liberalmente el alimento, el vestido, la morada y todas las cosas necesarias para mantener esta vida. Me protege de todos los peligros, me preserva y me libra de todo mal; todo ello sin que yo sea digno de ello, por pura bondad y por misericordia paternal. *Es lo que creo firmemente.*

Creo que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es mi Señor. Me ha rescatado a mí, perdido y condenado, librándome del pecado, de la muerte y del poder del maligno, no ya a costa de oro y de plata, sino por sus sufrimientos y por su muerte inocente, para que yo le pertenezca para siempre y viva una vida nueva, como Él mismo que vive y reina eternamente resucitado de entre los muertos. *Es lo que creo firmemente.*

Creo que el Espíritu Santo me llama por el Evangelio, me ilumina con sus dones y me santifica; que me mantiene en la unidad de la verdadera fe, en la iglesia que Él reúne de día en día. También es Él el que me perdona plenamente mis pecados, así como a todos los creyentes. Es Él el que, el último día, me resucitará con todos los muertos y me dará la vida eterna en Jesucristo. *Es lo que creo firmemente.*

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

III.- CREO EN DIOS, PADRE, CREADOR.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- ¿Qué significa para mí creer en “Dios Padre”? ¿Y en “Dios Creador”?

JUZGAR – DIOS PADRE:

Lc 10, 21-22:

²¹En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

²²Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.

- ¿Qué me transmite este texto evangélico?
- Habitualmente, en mi oración, ¿me dirijo a Dios como Padre? ¿Y como “Papá”?
- Medito este párrafo: Jesús nos revela que Dios es Padre, absolutamente bondadoso. Las parábolas del Buen Samaritano, Buen Pastor, la oveja perdida y el Padre misericordioso del hijo pródigo son las definiciones de ese Dios que busca al hombre, bajando hasta donde está, caído y maltratado; que le espera como espera siempre un padre a su hijo pese a la lejanía, abandono y derroche de la herencia reclamada. El que acoge sin resentimiento alguno a quien regresa a Él.

JUZGAR – DIOS CREADOR

Nosotros leemos la Sagrada Escritura para aprender a ser creyentes: es el relato de la acción de Dios en la humanidad y en un pueblo concreto. La Biblia no es una crónica ni una historia pormenorizada de lo que ha acontecido desde el comienzo del mundo. Al leer la Biblia es muy importante saber distinguir los distintos géneros literarios.

- ¿Sé leer la Biblia e interpretarla? ¿Me he preocupado en estudiarla y profundizar en ella? ¿Sabría distinguir los diferentes géneros literarios? ¿Qué pasajes me resultan más difíciles de conjugar con la visión actual del mundo?
- Teniendo presentes los dos relatos de la creación, ¿qué me sugiere cada uno de ellos?
- ¿Qué significa para mí ser “criatura”?
- ¿Me siento corresponsable de continuar la obra creadora de Dios para llevarla a plenitud?

ACTUAR:

- Medito esta frase: Lo primario para la doctrina cristiana de la creación es más la bondad y el amor de Dios que su omnipotencia. En el Credo, “Padre” se dice antes que “todopoderoso”.
- ¿Por qué obras de la creación, y por qué criaturas doy (o debería dar) gracias a Dios?
- Medito las palabras del Papa Francisco en Laudato si: Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios. La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses.

CONFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA REFORMADA DE FRANCIA, SEGÚN MARTÍN LUTERO:

Creo que Dios me ha creado, así como a las demás criaturas. Me ha dado y me conserva mi cuerpo con sus miembros, mi espíritu con sus facultades. Cada día me da liberalmente el alimento, el vestido, la morada y todas las cosas necesarias para mantener esta vida. Me protege de todos los peligros, me preserva y me libra de todo mal; todo ello sin que yo sea digno de ello, por pura bondad y por misericordia paternal. *Es lo que creo firmemente.*

Creo que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es mi Señor. Me ha rescatado a mí, perdido y condenado, librándome del pecado, de la muerte y del poder del maligno, no ya a costa de oro y de plata, sino por sus sufrimientos y por su muerte inocente, para que yo le pertenezca para siempre y viva una vida nueva, como Él mismo que vive y reina eternamente resucitado de entre los muertos. *Es lo que creo firmemente.*

Creo que el Espíritu Santo me llama por el Evangelio, me ilumina con sus dones y me santifica; que me mantiene en la unidad de la verdadera fe, en la iglesia que Él reúne de día en día. También es Él el que me perdona plenamente mis pecados, así como a todos los creyentes. Es Él el que, el último día, me resucitará con todos los muertos y me dará la vida eterna en Jesucristo. *Es lo que creo firmemente.*